

relaciones, por nuestros discursos y por nuestras obras, venimos á ser la sal de la tierra en aquellos lugares donde nos hace vivir la Divina Providencia. Cuidemos, sobre todo, que nunca se haga insípida esa sal que se nos ha dado. La disipacion, la indiferencia y el olvido, pueden hacer que con facilidad perdamos esa virtud, ¿ Y quién podrá volvérnosla, sino únicamente Vos, ¡ oh Dios mio ! por medio de vuestra presencia y de vuestra union con nosotros.

Cuando el sacerdote deposita la sal en la boca del niño que vá á bautizar, este niño no recibe más que un símbolo; pero cuando Vos descendéis sobre nuestro corazon, entrando por nuestra boca en el sacramento de vuestro amor, sois Vos mismo, ¡ oh sal verdaderamente divina la que se difunde en toda nuestra alma ! ¡ Oh Jesus mio ! ¡ sal purísima y vivificante ! ¡ sal que nunca se disipa, conservad mi alma en el tiempo y en la eternidad !

III

Quando se desvanece la sal se hace insípida, queda desahucada, o mejor dicho, hablando con la frase evangélica, queda insípida, insipida insípida. Por consiguiente, podemos asegurar: Que si la sal conserva su virtud, es el emblema de la sabiduría; pero si la pierde, no es más que el símbolo de la insensatez.

Compartiendo San Agustín en esta explicacion, nos enseña: " que la sal... " *Walterus* nos explica: *cuia insensata non videtur que videtur de los " bienes temporales, ó teniendo la miseria de esta vida, consisten en per- " del los bienes eternos. "*

Esta interpretacion puede desde luego aplicarse al castigo que Dios impuso á la mujer de Lot. Por haber desobedecido imprudente las órdenes del Señor, quedó convertida en estatua de sal. " Monumento eterno de una " alma insípida é insensata " agrega el autor del sagrado libro de la Sa- " biduría. "

IX

¡ No solamente á los apóstoles sino á todos los fieles, ha dirigido Jesu- " cristo estas expresiones: " Vosotros sois la sal de la tierra, y cuando la " sal se ha perdido su virtud, ¿ de nada sirve. " " *Meditemos atentamente estas palabras, y procurémos poner en práctica " su doctrina. En lo interior de nuestras familias, en el círculo de nuestras " relaciones, por nuestros discursos y por nuestras obras, venimos á ser la sal " de la tierra en aquellos lugares donde nos hace vivir la Divina Providencia. " Cuidemos, sobre todo, que nunca se haga insípida esa sal que se nos ha " dado. La disipacion, la indiferencia y el olvido, pueden hacer que con " facilidad perdamos esa virtud, ¿ Y quién podrá volvérnosla, sino únicamen- " te Vos, ¡ oh Dios mio ! por medio de vuestra presencia y de vuestra union " con nosotros. "*

los pecadores. " San Gregorio, comentando estas palabras, nos las ex- " plica así: " Esta agua que lava al pecador viene de dos fuentes que no ha- " cen más que una sola. La primera está oculta en el Verbo invisible de " Dios; la otra se manifiesta patente y abierta en el mismo Verbo divino. " Ya encarnado y asistido según la carne, de la casa de David, " Muchos profetas habían profetizado que esta fuente se dignaría abastecer " á nosotros. " El profeta Isaias, hablando de la fuente del templo de Jerusa- " lem, una fuente abundante que brota en la casa de David, dice: " Los " nos dijo dicho á su vez: " En esos días saldrá de la casa de David " una fuente que regará. "

LAS FUENTES.

Si el agua es preciosa, cuánto más debe serlo la fuente.—Todo don perfecto tiene su fuente en Dios. La fuente que lava los pecados.—Las llagas del Salvador.—La Iglesia fuente sellada.—Las fuentes impuras.—Las cisternas.—Las fuentes del Salvador.

I.

SI el agua que purifica, que riega y apaga la sed, es preciosa, ¡ cuánto más debe serlo la fuente de donde mana ! Y si esta fuente es perenne é inagotable, ¡ cuánta felicidad para el que la posee, pues tendrá siempre una agua saludable que regocijará sus campos !

Si ya hemos visto en la Escritura Santa las admirables significaciones que en ella se le dan al agua, ¿ por qué no hemos de procurar ahora buscar también en la misma, las que pertenecen á las fuentes ?

La primera significacion nos la indica el Apóstol Santiago en estas palabras: " Toda dádiva excelente y todo don perfecto viene de lo alto y " desciende del Padre de las luces. " <sup>1</sup>

" ¡ Oh Dios !—exclama David <sup>2</sup>—en Ti está la fuente de la vida !—Y el autor del Eclesiástico agrega: " La divina palabra es la fuente de la Sabi- " duria ! *Fons sapientiæ verbum Dei.* " <sup>3</sup>

Quién puede dudar por estas palabras que Dios es la fuente universal de la ciencia y de la vida ? Jamás se secará esa fuente, sino que por el contrario, siempre estará derramándose ; y cuando el hombre pasa por la tierra como un viajero, puede sin temor acercar á ella sus labios y beber lleno de contento.

II.

" En aquellos días—decía el Señor á su pueblo por boca de Zacarías— " habrá una fuente abierta en la casa de David para lavar las manchas de

1 Jac. I, 17.  
2 Ps. XXXV, 10.  
3 Eccli. I, 5.



“los pecadores.”<sup>1</sup> San Gregorio, comentando estas palabras, nos las explica así: “Esta agua que lava al pecador viene de dos fuentes que no hacen más que una sola. La primera está oculta en el Verbo invisible de Dios; la otra se manifiesta patente y abierta en el mismo Verbo divino, ya encarnado y saliendo, según la carne, de la casa de David.”<sup>2</sup>

Muchos Profetas habían predicho que esta fuente se dignaría abrirse para nosotros.

El Profeta Ezequiel vió salir debajo de la puerta del templo de Jerusalem una fuente abundantísima que dirigía sus aguas hacia al Oriente.<sup>3</sup>

Joel nos dejó dicho á su vez: “En esos días saldrá de la casa del Señor una fuente que regará las espigas de la tierra de Judá.”<sup>4</sup>

Finalmente, el Profeta Isaias, contemplando muy de antemano los misterios de la Iglesia simbolizados por el agua, exclamaba: “Ireis á sacar agua con gozo de las fuentes del Salvador.”<sup>5</sup>

“Jesucristo es verdaderamente la fuente—continúa San Ambrosio.—Él se sentaba cerca de los pozos de Jacob; cerca de estos pozos estaba la fuente y esta fuente no era más que Jesucristo. Mas es necesario buscar esta fuente; porque si bien es cierto que el Salvador se nos ha manifestado en su carne como una fuente abierta, sin embargo, nos ha dejado el mérito y el trabajo de buscarla con solicitud y constancia por nosotros mismos.”<sup>6</sup>

Tal es la profundidad de la sabiduría y de la ciencia de Dios, que jamás llegará á descubrirse por los pecadores; y que los justos tienen que valerse de la meditacion, buscándola con todo celo y cuidado para llegar á encontrarla; pues la misma divina sabiduría nos tiene dicho “que es necesario buscar para encontrar.”<sup>7</sup>

### III.

Procuremos, pues, también nosotros, buscar esas fuentes del Salvador para gustar sus aguas llenos de júbilo. Hay en Él muchas fuentes, aunque es la fuente única: San Bernardo tiene cuidado de enumerarlas. Jesús es la fuente de misericordia para lavar nuestras almas; de sabiduría, para apagar nuestra sed; de gracia, para hacer fecundos nuestros corazones, y de amor ardentísimo para encenderlos en sus llamas. Mas á estas cuatro primeras que el Divino Salvador nos descubre con tanta confianza en la vida presente, hay que agregar la quinta, y es aquella en que se bebe la felicidad eterna: esta era la que veía el Profeta David y nos señala en aquel verso de su Salmo: “Mi alma tiene sed de Dios que es la fuente viva.”<sup>8</sup>

1 Zach. XIII, 1.

2 Hom. in Ezech. lib. II, hom. 8.

3 Ezech. XLIV, 1.

4 Joel III, 18.

5 Isai. XII, 3.

6 Mat. VII, 7.

7 In Ps. XLIV, David.

8 Ps. XLI, 3.

¡Quién de nosotros, contemplando á Jesús crucificado, no ha fijado su atención en esas fuentes abiertas que tiene el Divino Salvador! “¿Y quién dudará—continúa San Bernardo—que para significar esas cuatro fuentes quiso Jesús antes de morir sobre la cruz, que fueran tras-pasadas sus manos y sus piés, y para simbolizar la quinta, después de muerto, permitió quedase abierto su costado por medio de una lanza?”<sup>1</sup>

Aun estaba vivo cuando se abrieron las cuatro fuentes de sus manos y de sus piés, porque sus aguas debían correr sobre nuestra vida terrena; pero luego que espiró se abrió la quinta, por donde salió aquella agua que salta hasta la vida eterna.<sup>2</sup>

### IV.

Jesucristo es la fuente, y no obstante, Él mismo llama así á su Iglesia: “Mi hermana y mi Esposa es como una fuente sellada.”<sup>3</sup>

En efecto, la Iglesia es una fuente, porque á nadie mas que á ella ha confiado Jesucristo la abundante efusion de sus gracias. Y es una fuente sellada, porque su mismo Esposo le decía: “Ponme como un sello sobre tu corazón y en tu brazo.”<sup>4</sup>

¡Hijos fieles de la Iglesia, procurad recurrir á vuestra madre, que constantemente será para vosotros una fuente siempre viva y siempre abierta, pues es la única que recibió el sello divino y la que permanecerá cerrada para la impiedad y el error!

Porque está cerrada esta fuente, permanece siempre pura sin corromperse jamás; y por esa misma causa nunca se extravían sus aguas.

“Esta fuente de la Iglesia—agrega San Ambrosio—se divide en otras doce que nos figuran á los doce Apóstoles, advirtiéndose en el Evangelio, que el Santo Precursor de Jesucristo comenzó su predicación muy cerca de esas doce fuentes, de quienes salta aquella agua derramándose con profusion sobre todos aquellos que están iniciados en los divinos misterios, y á ellas, finalmente, les consagra el Rey David estas hermosas palabras de uno de sus salmos: “Benedicid á Dios en la congregación de los Santos, vosotros sobre quienes han corrido las fuentes de Israel. *Benedicite Deo Domino de fontibus Israel.*”<sup>6</sup>

### V.

No olvidemos que el símbolo del agua nos figura algunas veces en la Escritura Santa, la iniquidad ó las perversas doctrinas en que se empapa

1 Bern. in dic. Nat. Dom. serm. I.

2 Luc. cit.

3 Cant. IV, 12.

4 Cant. VIII, 6.

5 Ps. CXLVII, 27.

6 In Ps. CXVIII, octon. XVI.



el espíritu del hombre culpable. Pues de la misma manera se nos habla en nuestros libros santos de las fuentes, llamándolas, unas veces, corrompidas; otras, amargas, y también agotadas y sin agua. Estas fuentes nos figuran á los predicadores de la mentira, que llaman bueno á lo malo, y malo á lo bueno; y que incesantemente invocan la paz, diciendo: "Paz! paz!" y la paz no parece.<sup>1</sup> Qué desgracia será para nosotros preferir estas fuentes, á la fuente purísima de agua viva que es Dios, é igualmente seremos desgraciados si llegamos á ser merecedores de aquella amarga y terrible reconvencion que dirigió el Señor al pueblo de Israel por boca del Profeta Jeremías: "Me abandonaron á Mí, que soy fuente de agua viva, y cavaron "para sí aljibes, que no estaban bien cercados y no pudieron contener las "aguas."<sup>2</sup>

Esos aljibes ó cisternas, segun enseña San Gregorio, son figuras de los demonios que no supieron guardar los divinos preceptos.<sup>3</sup> Y también son imágen de las almas mundanas, que ciertamente recibieron el agua vivificante de la gracia, pero que dando entrada á toda clase de pensamientos vanos, y á las locuras y disipacion del siglo, perdieron luego los grandes tesoros que habían recibido, y como no recurrieron á la fuente principal, quedaron completamente secas.

VI.

¡En cuanto á mí, Señor, ya no tengo sed, mas que de Vos! "Como el "ciervo sediento deséa con ardor las aguas de las fuentes, así mi alma sus- "pira por Vos, ¡oh Dios mio!"<sup>4</sup> y voy á beberlas con gozo en las fuentes del Salvador. Sí: sobre esta tierra, y miéntras dure el curso de vuestra vida apostólica, vuestra divina palabra será siempre para mí la única fuente de verdad. En vuestra pasion y en el duro madero de la cruz, sois la fuente de verdadera salud. En el altar y en el Tabernáculo continuais siendo la fuente de mi felicidad. Allá en el cielo, sereis para mí la fuente de delicias, donde me embriagaré con el torrente de vuestras divinas voluntades. ¡Se- ñor, mi alma suspira por Vos, y corre tras de vuestras fuentes, porque no tiene otra sed, sino de Vos!

1 Jer. VI, 14.  
2 Jer. II, 13.  
3 Com. in Jer. lib. I, cap. II.  
4 Ps. XLI, 2.

1 Rom. in diei Nat. Dom. serm. I.  
2 Luc. cii.  
3 Cant. IV, 12.  
4 Cant. VII, 6.  
5 Ps. CXLVII, 27.  
6 In Ps. CXLVII, octon. XVI.

LOS ARROYOS Y LOS RIOS.

La esperanza de los rios.—Las primeras gracias.—Las rosas y las palomas.—La efusion abundante de la gracia.—Cómo los Apóstoles son rios.—Las Santas Escrituras.  
Las seducciones del siglo.—Los rios de Babilonia.—Despues del destierro, la patria.

I.

AL derramar sus aguas la fuente, se forma el arroyo, y de éste, con el aumento de las aguas, llega á hacerse el rio. "El arroyo—dice San Gregorio—es la esperanza del rio. *Ribulus spes fluminis.*"<sup>1</sup>

Recordemos á propósito los inefables misterios simbolizados por el agua. La de los arroyos; no podrá figurarnos aquellas primeras gracias que el Señor concede á nuestras almas aun cuando están todavía débiles?

Tal parece ser el pensamiento del Profeta Rey, cuando pide al Señor que aumente los arroyos sobre la tierra de Israel, á fin de que alegrándose más y más con sus aguas, llegue á hacerse verdaderamente fecunda.

Hasta el día en que esta tierra, como dice San Agustin, estuviere capaz de recibir las abundantes aguas del rio del Señor, que al ménos sea regada por esas primeras aguas de los arroyos y de las lluvias. A las almas enfermas y que ahora comienzan, les será suficiente una gota de agua de nuestros misterios, pues no es posible que puedan llevar sobre sí toda su plenitud. De esto tenemos un ejemplo en el Apóstol cuando escribia á los Corintios, diciéndoles:<sup>2</sup> "Yo no os pude hablar, sino en un lenguaje más "bien carnal que espiritual, como á párvulos en Cristo. Os dí á beber le- "che y no viandas, porque entónces no podíais, y ni aun ahora podeis, por- "que todavía sois carnales."<sup>3</sup>

Quando el autor del libro del Eclesiastico exhortaba á las almas fieles á florecer como las rosas, añadia: "Sed como las rosas á las orillas del "arroyo"<sup>4</sup> porque son del todo indispensables á nuestras almas esas aguas

1 Moral. lib. XV, c. XVI.  
2 1 Corint. III, 1 et 2.  
3 In Ps. LXIV, 15.  
4 Eccli. XXXIX, 17.

1 Com. in Ps. LXIV, 15.  
2 Eccli. XXXIX, 17.  
3 In Ps. LXIV, 15.  
4 Ps. XLV, 2.  
5 In Ps. XLV, 2.  
6 Ps. LXIV, 15.



abundantes de los ríos para poder lograr todos sus frutos, puesto que las primeras gracias del Señor solo bastan para hacer germinar en ellas las delicadas flores de las virtudes cristianas.

Del mismo modo se nos pintan en el libro de los Cantares á las palomas que moran sobre las márgenes de los arroyos,<sup>1</sup> porque las almas puras y sencillas siempre están atentas para no perder los primeros dones con que el Señor las regala.

## II.

Mas llegando los arroyos á tornarse en ríos, comprenderemos desde luego que son ya la imágen viva de la abundante efusion de las divinas gracias que vienen sobre nosotros.

“La bendicion del Señor—dice el autor del sagrado libro del Eclesiástico—es como un río que se desborda.”<sup>2</sup> Y en otro lugar de este mismo libro, la divina Sabiduría nos habla de sí misma en estos términos: “Yo, que soy la Sabiduría, he extendido los ríos.”<sup>3</sup>

En otra parte hemos recordado las expresiones de que se sirvió el mismo Jesucristo para significar á los fieles el modo con que descendería sobre ellos el Espíritu Santo, y fueron estas: “Aquel que cree en mí, ríos de agua viva correrán de sus entrañas.”<sup>4</sup>

“Y en verdad—continúa San Agustín—quién puede contar los ríos que han brotado de los corazones de Pedro, de Pablo, de Juan y de los demás apóstoles y evangelistas...? Mas todos estos ríos no forman mas que uno solo, porque todos ellos vinieron á confundirse en la unidad: hay muchas iglesias, pero todas ellas no forman mas que una Iglesia: muchos son los fieles, pero Jesucristo no tiene mas que una Esposa; muchos, en fin, son los ríos, pero de su multitud se forma uno solo... Y este solo río, y esta union maravillosa de todas las gracias de Dios, de todas sus santas palabras y de todos los dones del Espíritu Santo, es el gran río cuya impetuosidad es causa de la alegría en la ciudad de Dios.”<sup>5</sup> *Fluminis impetus letificat civitatem Dei.*<sup>6</sup>

Este río jamás se secará... “Y cuando las fuentes de los pecadores se sequen, y sus cisternas rotas dejen correr sus aguas sin vuelta, este río de Dios, como dice tambien David, resaltará con la abundancia de sus aguas. *Flumen Dei repletum est aquis.*”<sup>6</sup>

## III.

San Agustín acaba de enseñarnos que todos los varones apostólicos, luego que recibieron la plenitud de los dones del Espíritu Santo, se hicieron

<sup>1</sup> Cant V, 12.  
<sup>2</sup> Eccli. XXXIX, 27.  
<sup>3</sup> Eccli. XXIV, 40.  
<sup>4</sup> Ps. XLV, 5.  
<sup>5</sup> In Ps. XLV, 8.  
<sup>6</sup> Ps. LXIV, 10.

ríos, de donde ha saltado el agua de la divina palabra; y por esta razon el mismo Santo Doctor les aplica esta expresion del salmista: “*Los ríos levantaron sus voces. Elevaverunt flumina voces suas.*”<sup>1</sup>

¿Cómo, pues, han hablado, y por qué han levantado la voz? ¿No es cierto que al principio y ántes que descendiese en ellos el Espíritu Santo se callaban como unos ignorantes? Pedro aun no era río, cuando fué preguntado por una criada del Pontífice acerca de su Maestro; y Pedro le responde: “que no le conoce.”<sup>2</sup> Se calla primero; miente luego, y al fin no pudo levantar la voz.

Pedro todavía no era río. Pero descende el Espíritu Santo sobre los apóstoles, y entónces los judíos fueron á intimarle la orden de que se presentase en su tribunal, y ahí le prohiben hablar y predicar el nombre de Jesucristo: y Pedro y Juan responden: “Si es justo delante de Dios obedecer á vosotros más bien que á Dios, juzgado vosotros mismos; pues no nos es posible dejar de hablar aquello que hemos visto y hemos oído.”<sup>3</sup>

Aquí los ríos levantaron la voz.<sup>4</sup> Por último agrega el Salmista: “Que los ríos baten palmas. *Flumina plaudunt manu.*”<sup>5</sup> Porque, como dice el mismo San Agustín, “las almas llenas del Espíritu Santo, siempre aplauden las obras del Señor, bendicen y glorifican su santo Nombre.”<sup>6</sup>

## IV.

Si los hombres que poseen esa plenitud del Espíritu de Dios, se comparan á los ríos, es principalmente como acabamos de ver, porque la palabra santa sale de sus bocas, porque saben levantar la voz, y tambien porque los ríos simbolizan igualmente toda palabra inspirada.

“El sabio escudriñó las profundidades de los ríos y sacó á luz las cosas que estaban ocultas.”<sup>7</sup> Comentando San Gregorio estas palabras del Santo Job, nos dice: “¿Cuáles son esos ríos sino los escritos de los Profetas?”

¿Y quién nos hubiera podido explicar jamás la belleza de aquel gran río que salía del pecho de Moisés cuando dictaba la ley; de aquel otro río que brotaba del corazón de David y del río que salía tambien de los labios de Salomón? Mas los desgraciados judíos, que solo se adhieren á la letra de las Santas Escrituras, nunca fijaron sus ojos mas que en la superficie de las aguas. Nosotros, por el contrario, desde que vino Jesucristo, hemos buscado el espíritu que vivifica, bajo la letra que mata; y por lo mismo decimos

<sup>1</sup> Ps. XCII, 4.

<sup>2</sup> Mat. XXVI, 72.

<sup>3</sup> Act. IV, 20.

<sup>4</sup> S. Aug. in Ps. XCII, 7.

<sup>5</sup> Ps. XCVII, 8.

<sup>6</sup> In Ps. XCVII, 3.

<sup>7</sup> Job. XXVII, 11.



con toda verdad, que hemos escudriñado la profundidad de los ríos, y obedeciendo la palabra evangélica<sup>1</sup> hemos repetido á la luz del día aquello que se había dicho en las tinieblas, y predicado sobre los techos lo que se había confiado á nuestro oído.<sup>2</sup>

El ejemplo de los ríos es uno de aquellos que presenta San Agustín al espíritu de los fieles para mostrarles lo que muy frecuentemente se observa en la Santa Escritura, que á un mismo símbolo se refieren cosas y sentidos del todo opuestos.

Así vemos que la impetuosidad del río que regocija la ciudad de Dios, nos recuerda la efusión de los dones del Espíritu Santo; y al mismo tiempo podemos ver igualmente que los ríos, por la rapidez de su curso, por la movilidad de sus aguas que pasan para no volver más, nos figuran en la presente vida, la inestabilidad de las cosas humanas y lo fugitivo y perecedero del mundo.

En verdad, ¿qué es lo que palpamos todos los días sobre la tierra? Todo lo que se presenta delante de nosotros desaparece en seguida; y lo que viene sucede á lo que ya pasó. ¿No acaece lo mismo con el río? Apenas brotan sus aguas del seno de la tierra, cuando corren huyendo de ella para siempre. Nosotros no nacemos sino para ceder el lugar á los que nacerán despues. Así es que la velocidad con que se van sucediendo todas las cosas del mundo, es verdaderamente semejante á la fugacidad de los ríos.

¿No es también el mundo del que se nos habla bajo el símbolo de aquel río que atravesaron á pié enjuto los hijos de Israel para llegar hasta la tierra prometida?<sup>3</sup>

“Sí—nos responde el mismo Rey David en el propio salmo:—El Señor fué quien, secando en otro tiempo el mar para darnos paso, hizo despues que atravesásemos el río Jordan á pié enjuto, y que al fin celebrásemos su gloria con demostraciones de alegría.”<sup>4</sup> “¡Ah! que el hombre sensual y entregado á sus pasiones—sigue hablando San Agustín—no se fie de los ríos; menester es que permanezca en las orillas; porque para pasarlos á pié y con alegría, es necesario creer en Jesucristo. Si el Señor es nuestro conductor, avancemos y nada temamos, nunca necesitaremos ni de los carros, ni de los caballos del orgullo; pasaremos estos ríos del mundo á pié, puesto que las almas humildes los atraviesan mejor y más pronto.”<sup>5</sup>

## VI.

Con los acentos de una tristeza elocuente nos habla el Salmista en otra parte, sirviéndose de la misma figura de los ríos para enseñarnos á la vez,

<sup>1</sup> Mat X, 27.

<sup>2</sup> Moral. lib. XVIII, 37.

<sup>3</sup> In Ps. LXV, 12.

<sup>4</sup> Ps. LXV, 6.

<sup>5</sup> Serm. XXXII, in Ps. CXLIII, 6.

así la vanidad de las cosas humanas, como los temores y peligros que nos acompañan por nuestra afición á las criaturas; y sobre todo, el arrepentimiento que debe inspirarnos la idea de haberlas preferido un solo día á los bienes sólidos y permanentes de la eternidad.

Anunciando con anticipación este Profeta á los hijos de Judá el duro cautiverio que debían sufrir en castigo de sus faltas, é imitando el lenguaje de los mismos cautivos, entona aquel bellissimo cántico que comienza así: “Sentados á las orillas de los ríos de Babilonia, derramamos arroyos de lágrimas al acordarnos de Sion.”

La santa Sion es la ciudad de Dios, y Babilonia es la del mundo. Y ¿cuáles son los ríos de Babilonia? Son aquellos objetos que roban nuestro amor, y que al comenzar á amarlos pasan y desaparecen—responde aquí también el grande obispo de Hipona.—Así es que vosotros, entregados exclusivamente como estais al cuidado de vuestros campos y de vuestros negocios, no pensando mas que en el modo de enriqueceros, no aspirais ciertamente por la felicidad eterna, que solo se disfruta en la santa Sion, y no en los ríos de Babilonia.

¡Oh! bien entiendo que alguno de vosotros me dice: “Ser soldado es una gran cosa: el soldado se hace temer del hombre de los campos y todo el mundo le obedece. Cuando yo sea soldado, el labrador temblará delante de mí.” ¡Insensato!—le responderé.—Vais á entregaros á otro río de Babilonia mucho más turbio y devorador. Otro vendrá á decirme á su vez: “Lo mejor que hay es ser abogado. El abogado se hace poderoso con su elocuencia: por este medio penden de sus labios tantas y tan diversas fortunas. ¿Tantos hombres no esperan de una sola de sus palabras, la pérdida ó la ganancia, la muerte ó la vida, la ruina ó la salvación...?” ¡Oh!—le responderé también.—¿En qué abismo os precipitais...! Hé aquí otro de los ríos de Babilonia, mucho más borrascoso que los demás, donde el golpe retumbante de las oleadas no hiere más que á las rocas. ¿No veis que este río corre? ¿no veis que se despeña? Poned todo cuidado no os vaya á arrastrar y á sepultar en sus ondas...

Así hay multitud de hombres que se dejan arrastrar por los ríos de Babilonia; mas otros han llegado á comprender que esta Babilonia es la tierra de su cautiverio, y por lo mismo, no desconocen los profundos abismos á donde pueda arrojarlos el impetu de sus pasiones. Temiendo atravesar estos ríos, se sientan en sus riberas para llorar en ellas por los desgraciados que, temerarios, se arrojan en sus aguas abandonándose al furor de sus olas; y también lloran por sí mismos, puesto que han merecido ser cautivos, y humildemente exclaman: “Sentados á las orillas de los ríos de Babilonia derramamos arroyos de lágrimas al acordarnos de Sion.”

“¡Sion santa donde todo permanece, y donde nada para mí se acaba! ¿Por qué nos precipitamos en estos ríos del mundo? ¿por qué te abandonamos á tí, á tu Dios y rompemos tus suaves ligaduras? Sentémonos sobre las orillas de los ríos de Babilonia, encima y no dentro, para que sus aguas no nos arrebaten. Sentémonos con firmeza en la humillación, llorando y

<sup>3</sup> Gen. I, 7 et 8.



confesando nuestras faltas, que algun dia nos levantaremos por el arrepentimiento, y entónces de nuevo, como en otras veces, andaremos con pié firme, ¡oh Jerusalem! en tus hermosos recintos."

VII.

¡ Señor y Dios mio! ¡ con cuánta pena me acuerdo de aquellos dias en que por seguir los placeres del mundo me alejé tanto de Ti! ¡ Perdí entónces mi libertad, quedé cautivo en el destierro, y abandonándome á la tristeza, sentado sobre los rios de Babilonia que me arrastraron desde mi juventud.... yo lloraba....!!! ¡ Me acordaba de tus gracias; me ponía á repasar las dulzuras de Sion.... y yo lloraba....!!! Mas al fin te apiadaste de mis lágrimas, y me volviste á conducir al pié de tus santos altares. ¡ Ah! que mi lengua se pegue á mi paladar si llego á olvidarme de Ti. ¡ Oh altar de Dios que alegró mi juventud! ¡ oh divina Eucaristía! ¡ Rios de Babilonia, corred, corred muy léjos de mí! De regreso á mi patria, jamás cesaré de entonar en alabanza tuya, que eres el Dios del amor, los cánticos de gratitud y reconocimiento.

1 S. Aug. in ps. CXXXVI, 3.

por orden para ocultar cerca del torrente de Geth y para poder sus...  
El torrente de las delicias celestiales.—El Espíritu Santo.—Los dos torrentes.

EL TORRENTE.

La persecucion.—Cómo atravesaremos el torrente.—Jesus levantó la cabeza despues de haber atravesado el torrente.—Prosperidad del impío.— El torrente de las delicias celestiales.—El Espíritu Santo.—Los dos torrentes.

EL torrente se diferencia de los rios, en que éstos corren incesantemente y sus aguas van más tranquilas. No así el torrente: éste se precipita desde las alturas con más violencia y pasa con mayor rapidez. Se forma en el invierno con las abundantes lluvias de este tiempo; pero luego que cesan estas lluvias, el torrente decrece, ya no corre y se seca.<sup>1</sup>

San Gerónimo nos hace observar, que cuando esta palabra torrente se encuentra sola en las Santas Escrituras, sin ninguna otra que modifique su significacion, se toma ordinariamente en mal sentido.<sup>2</sup>

Así es que con frecuencia vemos que el simbolo de la persecucion es el torrente. Lo atraviesa sin novedad aquel, que firme en su fé, nunca cede á la violencia ni al furor de sus perseguidores; mas por el contrario, perece aquel que se doblega ante su cólera.

Si confiamos demasiado en nuestras propias fuerzas ¿podremos luchar acaso con buen éxito contra la impetuosidad del torrente? Oigamos la respuesta de boca de David: "Si el Señor no hubiera estado con nosotros cuando los enemigos se levantaban en contra nuestra, vivos nos hubieran devorado.... Mas le vadeamos felizmente!"<sup>3</sup>  
"Ninguna alma hubiera podido atravesarlo—continúa San Agustin—sin el auxilio del Señor. Mas el torrente llegó. Las almas de los mártires lo han atravesado."<sup>4</sup>

En tiempo de su persecucion fué cuando el Profeta Elías recibió del Se-

1 Aug. locut. de Levit. lib. III, 19.—S. Greg. Mor. XX, 12.  
2 Com. in Eccli.  
3 Ps. CXXIII, 6.  
4 In Ps. CXXIII, 7.—S. Greg. morol. cap. V.—Hier. in Eccli.